Las mujeres y la soledad

Desde la ontología

> El descubrimiento de nosotras mismas se manifiesta como un sabernos solas, entre el mundo y nosotras se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra conciencia.
>
> *El laberinto de la soledad*
> Octavio Paz

Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solas; pero niñas y adultas podemos trascender la soledad y olvidarnos de nosotras mismas a través del juego o trabajo. La soledad se enfrenta –Sor Juana, por ejemplo– creándose un mundo de ideas con las cuales vivir a solas. Sor Juana es una figura de soledad. Viviendo, como dice, "en un silencio poblado de voces".

La adolescente, vacilante entre la infancia y la juventud, vive en suspenso los instantes ante la infinita riqueza del mundo. La adolescente se asombra de ser y al pasmo sucede la reflexión: inclinada sobre el río de su conciencia se pregunta, como Narciso que aprende su imagen reflejada en el estanque, que si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser –pura sensación en la niña– se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante, que toma distintas figuras a lo largo de los ciclos de la vida femenina.

La soledad existencial

En la soledad el yo frente a su conciencia, hace que surja la pregunta: quién soy, y cómo lograr realizar lo que soy.

Esta pregunta se responde de manera diferente de acuerdo con los ciclos de vida. En la infancia, la niña se siente una con su mundo, una con la madre; aun no es consciente de la separación, porque no ha nacido la conciencia de sí. Vive sumergida la existencia confundida con los seres y las cosas. En un momento dado, descubre que es niña, frente a los niños, pero el significado de la diferencia le llegará más tarde.

La adolescente ignora las futuras transformaciones de ese rostro que ve reflejado en el agua; no puede olvidarse de sí misma, pues apenas lo consigue, deja de serlo, se convierte en la joven. Y así oscila entre las imágenes de niña-adolescente, joven-mujer.

La joven ve su imagen reflejada en la infinidad de miradas que la conforman, el otro y la otra, le confieren la persona, que significa "máscara", como se llamaba a los personajes del teatro griego. Todos le dicen quién es, y cómo debe llegar a ser y así se aleja de su conciencia.

La mujer madura necesariamente se enfrenta a la conciencia de sí, ya no puede escapar en personajes fugaces, de niña-mujer joven, y aún adolescente. Ha de elegir en un juego de imágenes que se le presentan deseables: madre-esposa, Eva disidente, y mujer sola. Siempre bajo la mirada de los hombres que la desean, y de las mujeres que la juzgan.

La mujer mayor, elige su imagen en la madurez de la segunda adolescencia, ve su rostro reflejado en el espejo y le

resulta indescifrable a primera vista, "como una piedra sagrada cubierta de incisiones y signos," dice Paz, la máscara de la mujer mayor es la historia de unas facciones amorfas, que un día emergieron confusas, extraídas en vilo por una mirada absorta. Por virtud de esa mirada, las facciones se hicieron rostro, y más tarde: máscara-persona, significación, historia. La mujer mayor ha de reconstruir su conciencia incorporando su pasado y avizorando su porvenir. Carece de imágenes deseables entre las cuales elegir, y le queda la posibilidad de enfrentar sólo una: la de la vejez-muerte, en la soledad.

Nosotras, las mayores, no podemos sustraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos constantemente.

Los hombres piensan que las mujeres no podemos vivir sin espejos, porque somos vanidosas, y en verdad muchas veces, nos contemplamos tratando de adivinar quiénes somos frente a ese rostro desconocido que va cambiando.

La mirada masculina

En todas las culturas la imagen del dios-padre –apenas destrona a las divinidades femeninas– se presenta como una figura ambivalente encarna el poder genérico origen de la vida, pero es el devorador de la vida. El poder sin freno y sin cauce.

La mujer, de acuerdo con Paz, otro de los seres que viven aparte, es una figura enigmática para los hombres. Mas bien es el enigma, incita y repele. Es la imagen de la fecundidad, pero asimismo de la muerte. En casi todas las culturas las diosas de la creación son también deidades de destrucción. Cifra viviente de la extrañeza del universo y de su radical

heterogeneidad, la mujer se pregunta, ¿esconde la muerte o la vida?, ¿en qué piensa?, ¿piensa acaso?, ¿siente de veras? ¿es igual a nosotros –los hombres–?

Y así el sadismo masculino se inicia como venganza ante el hermetismo femenino, o como tentativa desesperada para obtener una respuesta de un cuerpo que tememos insensible. La mujer no es solamente un instrumento del conocimiento, sino el conocimiento mismo. El conocimiento que no poseeremos nunca, –los hombres, continúa Paz– la suma de nuestra definitiva ignorancia: el misterio supremo. La otra, el segundo sexo: la mujer sola.

La entrada a la soledad

A mis soledades voy, de mis soledades vengo
Góngora

En todas las etapas de la vida estamos solas. La soledad, fondo de donde brota la angustia, empezó el día en que nos desprendimos del ámbito materno y caímos en un mundo extraño y hostil. Hemos caído: y esta caída, este sabernos caídas, nos vuelve culpables. ¿De qué? De un delito sin nombre: el haber nacido.

"*...qué delito cometí contra vosotros naciendo?*" Segismundo.

La soledad, es el sentirse y el saberse sola, desprendida del mundo y ajena a sí misma, separada de sí. En algún momento de su vida, todas las personas nos hemos sentido solas. Vivir, es separarnos de la que fuimos para internarnos en la que vamos a ser, futuro extraño siempre, porque la soledad es, el fondo último de la condición humana. Las mujeres y los hombres somos los únicos seres que nos sentimos solos y el

único ser que es búsqueda de otro/a. Su naturaleza –si se puede hablar de naturaleza– es el ser que, precisamente, se ha inventado a sí misma al decirle "no" a la naturaleza consiste en un aspirar a realizarse en otra/o.

Nuestra naturaleza es no tener naturaleza, inventarla cada día, en cada decisión libre, en la que arriesgamos nuestro ser, el de hoy que no es igual al de ayer, ni idéntico al de mañana, somos una posibilidad abierta hasta que nos sorprenda la muerte.

Pero también podemos traicionar nuestra conciencia, desoír su voz y actuando de mala fe, ser sólo lo que los otros quieren que nosotras seamos, traicionando nuestra posibilidad, en el inútil afán de evitar la soledad, de evitar el enfrentamiento del yo consigo misma, porque la persona también es nostalgia y búsqueda de comunión.

Por eso, dice Paz, cada vez que se siente a sí misma, se vive como carencia de otro, precisamente como soledad.

Uno con el mundo que lo rodea el feto es vida pura, al nacer rompemos los lazos que nos unen a la vida ciega en el vientre materno, en donde no hay pausa entre deseo y satisfacción. En cambio, nuestra sensación de vivir se expresa como separación y ruptura, desamparo, caída en un ámbito hostil o extraño. Somos arrojadas a un mundo donde tenemos que construir nuestro propio ser, como dice la filosofía Existencialista.

A medida que crecemos, esa primitiva sensación se transforma en sentimiento de soledad. Y más tarde, en conciencia: estamos condenadas a vivir solas, pero también lo estamos a traspasar nuestra soledad y a rehacer los lazos que en un pasado paradisíaco nos unían a la vida. Todos nuestros

esfuerzos tienden a abolir la soledad. Así, sentirse solas posee un doble significado: por una parte consiste en tener conciencia de sí; por la otra, en un deseo de salir de sí. La soledad, que es la condición misma de nuestra vida, se nos aparece como una prueba y una purgación, a cuyo término, angustia e inestabilidad desaparecerán seremos una con nosotras mismas.

Al final, –soñamos– superando la soledad, está la plenitud, la reunión, que es reposo y dicha, la vuelta al paraíso perdido, la unión con la madre anhelada. Aunque, de acuerdo con la escritora Marylin French, "nunca tenemos suficiente madre".

La soledad se identifica con la pena, se vive como una condena y una expiación. Somos las culpables de nuestra soledad, es un castigo, pero también una promesa que toca a cada una crear a partir de su propia realidad. Nacer y morir son experiencias de soledad.

Vivir es trascender la posibilidad del dolor y alcanzar el goce en la soledad al crearnos a nosotras mismas, hasta alcanzar el momento en que exclamemos: "yo conmigo estoy bien". Al entrar a la etapa de la sabiduría.

Hemos de morir y nuestras vidas, son un diario aprendizaje de la muerte. Más que a vivir hemos de aprender a morir. Entre nacer y morir transcurre nuestra vida.

Expulsadas del claustro materno, iniciamos un angustioso salto mortal que termina en nuestra caída en la muerte. ¿Morir será volver allá, a la vida antes de la vida? se pregunta Paz. Y así le pedimos al amor que, siendo deseo, es hambre de comunión, hambre de caer y morir tanto como de renacer, que nos dé un pedazo de vida verdadera, de muerte verdadera. No

le pedimos la felicidad, ni el reposo, sino un instante, sólo un instante de vida plena, de vida y muerte, de tiempo y eternidad. A través del placer, en el orgasmo.

El amor cuando se realiza, da la revelación de dos soledades que crean por sí mismas un mundo que rompe la mentira social, como la poesía.

El amor nos lleva a cavar y ahondar en nosotras mismas y, simultáneamente, a salir de nosotras y realizarnos en otra/o: muerte y recreación, soledad y comunión.

Hay en la vida de cada persona una serie de períodos que son también rupturas y reuniones, separaciones y reconciliaciones. Cada una de estas etapas es una tentativa por trascender nuestra soledad.

La soledad tiene un doble significado, ruptura con un mundo y tentativa por crear otro. Vivimos en soledad y apartamiento, para purificarnos y luego regresar entre las nuestras, siendo ya otras, hemos aceptado nuestra condición existencial: ser sola que no significa solitaria.

El sentimiento de soledad, nostalgia de un cuerpo del que fuimos arrancadas, es nostalgia de espacio, espacio dice Paz, que es el centro del mundo el "ombligo" del universo. El paraíso, el lugar de los muertos. El sitio del que fuimos expulsados.

La soledad se rompe cuando se ha logrado escuchar la voz interior y comenzamos a crecer, a ser nosotras mismas, bajo nuestra propia mirada.

Creando-nos un ser que pueda llegar a ser una con la creación, que se ha escapado al tiempo, el tiempo es la duda, la elección forzada entre lo bueno y lo malo, entre lo injusto y lo justo, entre lo real y lo imaginario; en la huida del tiempo de los relojes, dejar la duda de triturarnos. Por que ya somos, y eso es la sabiduría.

Estaremos en la comunión perpetua; la realidad arrojar sus máscaras y podremos al fin conocerla y conocer a nuestros semejantes.

Esta es la utopía de la autocreación, de la comunión con las demás personas, del éxtasis, como salida de nosotras mismas, al alcanzar la iluminación de la disolución en el todo.

El feminismo y la soledad

El feminismo nos lleva a la ruptura con las imágenes que nuestra sociedad nos impone. Cuando dialogamos con la conciencia, al tratar de ser nosotras mismas, transgredimos las imágenes impuestas. Dejamos de ser las mujeres que los hombres esperan de nosotras; y así surge la ruptura que nos lanza a la soledad, al alejamiento del mundo masculino, al rechazo del mundo cerrado de la feminidad.

Hemos pues de, al quedarnos solas, vernos a nosotras mismas, como la flor del narciso que se refleja en el agua, y preguntarnos: ¿Quiénes somos? Las que fuimos arrojadas del "cuento de hadas" niña, adolescente, joven, madura y mayor.

Dijimos que soledad es separación, rechazo y muerte. Hemos de morir para que la otra pueda renacer. ¿Con qué cualidades? Hemos de crear la nueva persona-máscara. Ya no está la mirada del otro que me configura, he de descubrir: "qué

quiero yo para mí". Ahora que estoy arrojada al miedo que es soledad e infelicidad, sin el otro que me confirme, a cada momento, en cada decisión "cómo ser".

He de aventurarme en la difícil empresa de ser la que puedo ser, descubriéndolo por mí misma, arrojando el escudo que me protegía: la mirada del hombre que me configura. Como un juez, que intenta la creación desde los celos que tiene de alguien que a él, se le prohibe ser. Porque ser hombre es precisamente, no ser mujer. He de oír la tenue voz que apenas se escucha: "qué quiero yo para mí". Y ser, sin la mirada del hombre, sólo se puede afirmar desde el feminismo.

Primer feminismo

Ser mujer plena, paradójicamente, es ser como el hombre. Puesto que primero se nos había dicho hasta la saciedad que las mujeres éramos "hombres fallidos" menos inteligentes, menos fuertes, menos deseantes, menos...Había que reparar la falta.

Por eso, se buscó la igualdad, con aquél que es completo. Y sucedió que, cuando realmente se convierten en mujeres verdaderamente civilizadas, son mujeres muertas, porque son hombres. En un feminismo thatcheriano.

La transgresora del orden patriarcal, que es la mujer feminista, ha de responder a la pregunta insistente: "qué soy yo sin el otro". He de verme a mí misma con mi propia mirada. Oír la voz femenina interna que me guía, y así se llegó al otro feminismo.

Segundo feminismo

Se dio entonces el descubrimiento del principio femenino. Se pensó que "ese" si era el verdadero ser, el más valioso. Y así, ser mujer, sería ser madre, ser naturaleza, ser diosa, realizando la esencia de la maternidad. Y esto fue suficiente para algunas. Otras siguieron investigando hasta alcanzar la siguiente etapa.

Tercer feminismo

El tercer feminismo cambió la visión de las mujeres, luchar por la búsqueda de la exaltación de lo femenino, que por siglos había sido desvalorizado y trivializado, siguió la nueva interpretación de la diferencia. Se argumentó que la diferencia entre el género femenino y el masculino es poder, poder que un género, el masculino, tiene sobre el otro, que le dicta al segundo, lo que debe ser. Y así se alcanzó la conclusión de que el género es la sexualización del poder. Para ser, hay que potencializar la propia conciencia, potencializa-rnos y empoderarnos, inventarnos, ser, no como hombres ni como mujeres tradicionales: Ser lo que leamos en nuestra propia conciencia.

Cada una, en grupo, en redes, generando en si misma la infinidad de posibilidades que se nos presentan, en cada ciclo de vida. Y así surgieron muchos feminismos y muchas identidades de género posibles para las mujeres.

Hemos abierto un mundo de cultura nueva para las mujeres, producto de la creación de la mujer y la soledad que nos enriquece y nos forma, nos da a luz y nos transforma desde dentro.

Un cuento para finalizar.

LA PANTERA

Había una vez una bella pantera que tenía un esposo y una co-esposa. Su nombre era Lara y era muy infeliz, porque su esposo y su co-esposa estaban realmente enamorados; a ella la trataban bien, sólo porque el deber de las panteras en su sociedad era tratarse bien. Pero en verdad no la necesitaban como co-esposa; ellos dos se sentían completos. Ella era una mujer "extra" en el grupo, y esto no estaba permitido. Su esposo a veces le olfateaba el aliento y las demás emanaciones de su cuerpo; a veces le hacía el amor. Pero cuando esto sucedía, la co-esposa cuyo nombre era Lala, se ponía nerviosa, discutía con el esposo Baba, luego peleaban, se mordían, se daban latigazos con las colas. Pero siempre terminaban abrazados llorando.

"Debo hacer el amor con ella" decía Baba, "también es mi esposa. Así fue el arreglo que me tocó vivir".

"Lo sé, decía Lala -a través de las lágrimas- pero cómo me duele, amado mío".

Si ellos sufrían, Lara estaba desolada, para entonces preñada, se sabía despreciada por todos y ninguna de las demás panteras quería compartir el esposo con ella.

Lara vivía en la soledad.

Los días pasaron y la única voz que ella oía, era su voz interior. Pronto comenzó a escuchar lo que le decía. "Lara", decía, "siéntate aquí, donde el sol puede besarte" y ella obedecía. "Lara" decía, "acuéstate aquí, donde la luna puede hacerte el amor toda la noche", y ella así lo hacía.

"Lara", le dijo una mañana brillante cuando se sabía bien besada y bien amada, "siéntate aquí sobre esta piedra y contempla tu hermoso ser en las aguas quietas del arroyo."

Calmada por la guía que le ofrecía su voz interior, Lara se recostó sobre la piedra y se asomó al agua. Se percató de la suavidad de su hocico negro, de la delicadeza de sus orejas puntiagudas, de la tersura de su piel negra y brillante. En verdad era hermosa y besada amorosamente por el sol y amada por la luna.

Durante todo un día, Lara estuvo contenta.

Cuando la co-esposa le preguntó temerosa porqué estaba sonriendo, Lara sonrió gozosa. La pobre co-esposa huyó temblando y encontró a su esposo Baba, y lo arrastró para que mirara a Lara. Cuando Baba vio a la pantera sonriente, bien besada y bien amada, no pudo evitar acariciarla con sus garras: y sintió que ella se había enamorado de alguien más, y esto le despertó toda su pasión. Mientras Lala lloraba, Baba poseyó a Lara, quien mientras tanto, contemplaba la luna, sobre su hombro.

Cada día le parecía a Lara, que la Lara que se reflejaba en el arroyo, era la única Lara que valía la pena tener -tan hermosa, tan bien besada, tan bien amada-. Y su voz interior le aseguraba que todo eso era verdad.

Así, un cálido día, cuando ya no pudo tolerar los llantos y lamentos de Baba o Lala, que trataban de arrancarse las orejas por ella, Lara, que para entonces se sentía bastante indiferente hacia ello, se recargó suavemente y besó su propio reflejo

sereno sobre el agua, y sostuvo el beso hasta el fondo del arroyo. *Poseyendo el secreto de la dicha.* Alice Walker

BIBLIOGRAFÍA

French, Marilyn. *My mothers daughter.*

Góngora, F. Poesía. *Soledades.*

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad.* Fondo de Cultura Económica. México, 1995.

Sor Juana Inés de la Cruz. *Obras Completas.* Fondo de Cultura Económica. México, 1995.